

MARTE

Álvaro Bisama

Mediodía. El ojo de la tormenta sugiere una calma transitoria. Un *intermezzo* que es en realidad un final. Todo se detiene. El mar se calma antes de volver a lanzarse para acabar con todo. Con Reñaca y Viña. Conmigo. No corre viento. El paisaje exterior de Reñaca parece haber soportado una bomba, un millón de guerras, un desastre tóxico. No hay electricidad ni agua, y luz natural del mediodía, esa luz que vibra en el centro del huracán, es tan falsa y tan sucia que me daña la vista. No sé cuánto dure esto. No me importa. Porque aquí termino. Aquí, el relato se cierra. Mis hermanos mueren y yo quedo vivo quizás por qué razones hasta este momento, en el que aparezco como un hombre que ha padecido la tormenta y ha escrito en la oscuridad. Porque todos están muertos. Afuera, el mundo se acabó, no volverá a ser el mismo. Y esta calma parece un buen momento para despedirse. ¿Qué pasó? ¿Cómo termina todo? No pasa demasiado. Pasa mucho. Yo desaparecí a principios de 1999. Me borré. Sabía que era la única forma de salvarme, de evitar ser hijo de quien soy. Me fui a vivir bajo tierra en una pequeña comunidad menonita que me recibió como un hijo pródigo en Alabama. Mi padre murió el 31 de diciembre de ese mismo año, a minutos del comienzo del 2000. Virgilio estaba ahí, pero no pudo ver el rostro terminal de mi padre porque mi hermano, ese último hermano vivo, era ciego y tapó sus ojos blancos con los lentes negros de mi padre una vez que murió. No hay mucho que explicar sobre aquella ceguera; Virgilio había perdido la vista de un mal congénito heredado de su madre, lo que lo había convertido –en la mirada o el recuerdo de los otros– en una especie de mito susurrado en versiones diversas: el hijo deforme, el que sufría de ftofobia, el que estaba maldito, el que había cometido un crimen tan grande que no podía salir jamás de casa, el hijo loco que sufría de hemofilia, el hermafrodita. La verdad: su ceguera hizo que simplemente decidiera quedarse en casa, un lugar cómodo donde tuviera claro los lugares donde estaban guardados los cuchillos, dijo. Y fue él y su oscuridad blanquecina y el tarotista panameño quienes estaban al lado de mi padre cuando murió. Más atrás, en la misma habitación, estaban los abogados y los funcionarios de rango más alto de la Organización, todos esperando que falleciera, todos de pie formando un círculo alrededor de la cama, imitando la forma en que los cardenales esperan el último suspiro de un pontífice. Mi padre había enflaquecido pero seguía con sus lentes negros puestos. Se había dejado el pelo largo. Su pijama era de color negro y en la bata tenía estampadas calaveras españolas. Una amante, una muchacha que había practicado el surf en los años 80, se la había regalado. Ya no pintaba. Ya no hablaba. En sus últimos días solo dibujaba laberintos en una libreta de croquis. Uno tras otro, esos laberintos parecían estar hechos de carne, de huesos, de piel. No eran grandes dibujos. En ellos está a la vista su pulso terminal, su abatimiento, su aburrimiento, su pena. Todas esas hojas componen o sugieren órganos del cuerpo humano, el que puede ser el suyo pero también el nuestro. También puede que sean una autopsia

anticipada: un modo de esbozar en el papel los detalles de la anatomía de lo perdido. No lo sé con certeza. Virgilio nunca hizo demasiadas precisiones. Alguna vez esas imágenes aparecieron como las páginas finales de un libro gigantesco que una profesora redactó sobre su obra. A ella no le interesaban mucho tampoco, cumplía simplemente con incluirlos ahí como datos de la causa, como argumentos casi forenses. Porque los últimos años de su vida, mi padre era un superventas en Sotheby's pero también un chiste, una parodia de sí mismo. Había elegido ser eso y nada más. Todo arte debe terminar degradándose, dijo en una entrevista, debe convertirse en una caricatura, en una historieta y la verdad es que yo no sé si es posible que él tuviera esa frase en mente a la hora de morir, vestido con aquella pompa insólita y a su medida. Pero aún le quedaban algunos enemigos. Ese era su principal don: seguir concitando el odio, desesperando a la gente de todos los modos posibles. Pero tampoco era para tanto, ya no quedaban demasiados, el siglo estaba terminando. Incluso los más virulentos (que eran los miembros de aquella secta compuesta por sujetos empeñados en meterse a las galerías y exhibiciones de su obra para lanzar pintura a sus cuadros o rajar con una navaja las telas) ya estaban extenuados y casi vencidos, de capa caída. Según Virgilio, en el año de la muerte de mi padre incluso aquella secta ya parecía una broma, y su odio, la parodia de un odio, porque quizás era posible creer que también ellos eran hijos de mi padre. Los hijos más deformes que jamás tuvo. Virgilio siempre bromeaba a su costa, como si fueran un chiste involuntario, una desviación de la cadena de la evolución más radical que la que representábamos nosotros, su genealogía más directa. Eso porque en las fotos policiales y las de prensa la mayoría lucía como si tuviera el rostro muerto, carente de expresión, como si estuvieran huecos por dentro, una oquedad que bajo la piel revelaba la sutil presencia de la nada. Aquella mirada de acólitos tenía una fragilidad algo robótica, como si lo humano se les hubiera borrado, como si quisieran lucir más inteligentes o más tontos que el resto. A Virgilio le caían bien porque decía que ese odio indisimulado y vergonzante hacia mi padre se constituía bien en el fondo, como una especie de marca de pertenencia, las señales de ruta hacia una patria o una familia secreta. Así, mientras conspiraban en foros postales, publicaban fanzines fotocopiados y complotaban en atentados que podían ser tan estúpidos como violentos, actuaban casi como una secta bíblica. Demasiado desquiciados para ser tomados en serio, muchos de ellos habían sido ex heroinómanos o miembros de algún grupo neonazi. Uno podría decir, mirando las fotos, que tenían esa clase de cara de chalados. Pero esa divergencia en sus intereses privados no significaba nada. Para efectos prácticos, lo único que los unía era esa pulsión por destruir la obra de mi padre. En ese sentido, más que una proclama estética –como sugerían algunos críticos de arte esnobs–, lo que los hermanaba era esa especie de destino manifiesto, ese fanatismo común. Que la mayoría fueran alemanes y se juntaran en un antro gótico de Berlín occidental, como después señalaría la policía, puede que tuviera alguna importancia casi forense; lo mismo que el hecho de que alguno de ellos –un sobreviviente con la cara tapada, un tirador a la causa– sugiriera que todo partió en la década del 80, cuando vieron al australiano Nick Cave cantar en vivo en uno de esos antros una canción llamada *Tupelo*, que hablaba de cómo un pueblo del sur de Estados Unidos se inundaba y quedaba sepultado por la crecida de un río. Ese fan sin nombre diría que ese

día Cave, que estaba severamente drogado, se paró en el escenario como si fuera un reptil necesitado de sol y, luego, movió la cabeza lentamente mientras empezaba la canción para, luego, comenzar a encorvarse y sacudirse en espasmos incontrolados al modo de una epilepsia fingida, donde en vez de morderse la lengua mascullaba y disparaba sílabas de las palabras que relataban la llegada de ese aluvión que borraba Tupelo. En ese relato demencial, los espectadores, más allá de la violencia, podían imaginar cómo el agua tapaba todo, inundaba los salones de las casas, se convertían en el tráfico de avenidas cuyos únicos paseantes eran los cadáveres con la boca y los ojos abiertos mirando cómo el torrente reemplazaba al aire. Eso es lo que diría ese acólito cuando sugería que el deseo de quemar y destruir la obra de mi padre se parecía a ese torrente, a los movimientos espásticos de ese cantante australiano perdido en la Europa de la guerra fría y en esa canción que hablaba de aquella manifestación de la naturaleza borrando lo falso, la impostura de lo humano, lo perverso de la imagen que proyectaba sobre el mundo esa abominación que era el arte. Aquella teoría, quizás, tenía sentido. Los miembros de aquel grupo odiaban a mi padre por razones que ni ellos tenían claras. Lo que sí había que reconocerles era la fuerza de esa ansia que los movía, ese deseo que los volvía fanáticos y les proveía de una clase de odio práctico que canalizaban al modo de una conspiración casi religiosa. No está de más decir que todo estuvo bien hasta que uno se coló en la casa. Una noche, un sujeto alemán se metió al departamento de Bruselas buscando a mi padre. Iba armado con un cuchillo. Mi padre se estaba quedando en casa de una novia. Aún no enfermaba. Aún no decidía meterse en su cama a esperar el fin de todo. El fanático fue a matar a mi padre y se encontró con Virgilio en el cuarto de la biblioteca. El por qué llevaba un cuchillo y no un revólver —que hubiera sido más efectivo— aún sigue siendo un misterio. Según él, porque quería degollar a mi padre al modo de un viejo ritual francmasón, como si se tratara de un sacrificio de algún tipo. Según la Organización, el sujeto pertenecía a una escisión del grupo original más o menos psicótica que creía que si borraba las pinturas de mi padre, las manchas que quedarían sobre las telas, esa suciedad, les permitiría contemplar una clase de epifanía horrorosa sobre el siglo XX completo. El cómo habían llegado a esa clase de conclusiones es un tema más bien esotérico e inexplicable y no viene al caso. Lo que importa: mi padre no estaba en casa. Sí estaba Virgilio, que activó las alarmas y esperó pacientemente en la oscuridad de ese cuarto lleno de libros a que se le acercara el fanático. No le quedaba otra alternativa. Se sentó en el sillón y esperó a oscuras. Cuando el tipo entró a la habitación, prendió la luz. El fanático no vio a mi padre, sino a mi hermano, que parecía dormido. Virgilio esperó pacientemente que el tipo se acercara mientras medía la distancia por el sonido de sus pasos. Mi hermano ciego me diría después que el asesino caminó lentamente y que, luego, él abrió los ojos e intentó mirar hacia donde suponía que estaba su cara. Yo no vi nada, huevón, me dijo Virgilio. Abrí los ojos y traté de mirarlo, de que me mirara los ojos blancos, huevón. Y él se quedó paralizado, dijo Virgilio. Pude escuchar cómo cambiaba el ritmo de su respiración. Supongo que lo asusté. Supongo que él se reflejó en ellos, en mis ojos. Tengo ese poder en alguna gente, dijo. Mi vida es un cuarto oscuro donde se reflejan otros cuartos oscuros. Me sé de memoria aquel truco, el de mi falso misterio y mi falsa soledad reflejando misterios y soledades ajenas pero también falsas,

al modo de una técnica cinematográfica antiquísima. Mi falso misterio que es como esas películas en blanco y negro que vi alguna vez en la infancia cuando tenía ojos, cuando ver era algo tan natural, tan sencillo. En esa película me parecía que más que captar las formas concretas de lo real se detallaban las brumas y las nieblas, los bocetos de lo que podía ser lo real, dijo Virgilio. Supongo que eso fue lo que vio el fanático armado con el cuchillo. Su reflejo en mis ojos. Su mundo en mis ojos. Quedó paralizado. En silencio. Pasaron unos minutos. Yo con los ojos abiertos y él mirándome sin entender nada. Luego llegó la policía y se lo llevó, dijo. Un agente me preguntó cómo estaba. Le dije que bien. Que había sido solo un susto, le dije. Después de ese día bajó la intensidad de los ataques a la obra de papá, dijo Virgilio. Creo que fue una especie de punto culminante de un plan medio imbécil, medio *huevo*, dijo. Luego de eso, Julio mató a aquel tipo y todo terminó de pudrirse, dijo Virgilio. Puede ser: mi padre empezó a abandonar todo. Cuando murió, aparte de esos dibujos de laberintos hechos de carne y vísceras, vivía en la mudez, abandonado a su propia desolación. En sus minutos finales, me dijo Virgilio, no creo que tuviera en mente nada más que el ritmo de la respiración y el avance de esa oscuridad que se hacía más cercana. Pero Virgilio estaba ahí con él. Virgilio fue quien se encargó de su funeral. Yo ya me había escapado. El resto de nosotros estaba muerto. Esos días, Virgilio organizó ese funeral romano al que él mismo no asistió. A mi padre lo despedieron funcionarios del gobierno, embajadores, cónsules, académicos, colegas y curiosos varios. Lo llenaron de discursos y luego lo cremaron. No sé qué pasó con las cenizas. Virgilio dice que quedaron por ahí, en algún lugar de la casa. Virgilio quedó solo en el departamento de Bruselas. Porque Virgilio, voluntariamente, había decidido no salir más de ahí. Había decidido ser la Organización o, mejor dicho, convertirse paulatinamente en ella. Él comprendió el sueño o la visión de Sarah como nadie. Supo perderse en ese mundo y construirlo con la tenacidad de quien construye una pirámide. Era inteligente, Virgilio. Brillante. También era fanático de las novelas latinoamericanas del boom, que escuchaba en cintas, leídas por alguien con acento colombiano o mexicano. Era una forma de volver a una casa que jamás existió ni tuvo, de convivir con muertos que no conocería o entendería jamás. Porque él terminó siendo el mejor amigo de mi padre hasta sus últimos días, cuando hablaban hasta la madrugada y él se convertía en una especie de memoria externa suya, un testamento vivo tejido con los retazos de historias que escuchaba. Se llevaban bien. A veces, Virgilio contrataba prostitutas para ambos: mujeres silenciosas que llegaban a casa y se quedaban ahí algunos días. Otras veces, Virgilio escuchaba las conversaciones telefónicas de mi padre, aquellos largos llamados a sus ex esposas que lo recriminaban por la muerte de sus hijos, por el abandono, por haberlas usado y dejado para convertirse en lo que era. Ahí, Virgilio oía llantos, gritos, promesas de amor, peticiones de dinero, anuncios de suicidio, pausas entrecortadas en distintos idiomas, interrupciones abruptas de la línea, bocinazos y hasta –un par de veces– disparos al aire. No podía distinguirlas a todas. Mi padre manejaba las relaciones con sus ex mujeres con la paciencia de un malabarista chino que sabe que en algún momento todos sus platos terminarán en el suelo. Esa clase de arte o disciplina confundía a Virgilio. Sumido en su oscuridad blanca, se daba cuenta de que ese era el mundo de mi padre, un universo de afectos y maldiciones del que no había podido

escapar, pero que tampoco comprendía con claridad; una forma de vida que, además, había implicado la condenación de sus hijos. En esos momentos, sentado en un sillón de su despacho, concentrado en recordar una y otra vez las cintas de aquellas conversaciones (porque Virgilio grababa cada conversación, obsesionado en no perder la memoria), mi hermano se preguntaba si es que no había una mano invisible tras toda esa tragedia o si el azar podía ser algo más que un ejercicio empecinado de crueldad familiar. Había descartado de plano a la secta de fanáticos, por limitados. Su psicopatía era solo superficial. Por el contrario, aquí, en las muertes familiares, debía existir un camino sinuoso para tanto desastre; el requerimiento de una suerte de plan maestro que pudiera –al menos nominalmente– explicar todos nuestros horrores familiares. Para eso, él utilizaba a la Organización: como una manera de encontrar ese lazo, que podía ser un relato o una confesión súbita que hiciera aparecer, *deus ex machina*, un enemigo invisible que justificara aquella colección de destinos truncados y tragedias diarias. Ojalá fuera así, pensaba Virgilio. Nada mejor que la vida se convirtiera en una cinta de espías con un villano ominoso tras las bambalinas de la trama. Pero nunca encontró nada. Lo intentó, pero no había nada ahí. Lo intentaba –contrataba detectives, forenses, especialistas de todo tipo– para ver qué reptaba en el jardín de nuestro karma, entre medio de los obituarios y las llamas y el fuego y la sangre y la distancia de los continentes. Pero nunca pudo llegar a ninguna conclusión, y aquello, en vez de tranquilizarlo, lo inquietaba aún más. A veces, yo lo llamaba desde un teléfono público que quedaba en las afueras de un shopping en algún pueblo remoto. Virgilio me hablaba de los avances de la Organización, que ya era –gracias al diseño de Sarah– una entidad viva, un hermano más, el único que nos sobreviviría. Cuando hablábamos por teléfono, siempre me pedía que me fuera a Bruselas. Yo le decía que no. Que estaba bien donde estaba, que no iría a ninguna parte. Él me decía que bien, que no había problema. Luego se reía de los precios exorbitantes de los cuadros de nuestro padre o me contaba los argumentos de las novelas que escuchaba grabadas. Yo le hablaba de los menonitas que me alojaban, de cómo descifraban la Biblia como un oráculo para todo servicio, de cómo rezaban en silencio antes de cada acción. Le hablaba de la decoración casi inexistente de sus casas, del frío de las habitaciones donde nunca habría calefacción eléctrica, de los campos de maíz que se extendían sobre las colinas como el lecho dorado donde algún dios –presumiblemente Jesucristo, pero también cabía la posibilidad de que fuera el diablo– vendría a dormir la siesta un día. Virgilio se quedaba tranquilo. Cortaba el teléfono al otro lado del Atlántico y yo, desde este lado, me subía a una carreta tirada por caballos y me ponía mi sombrero negro y pensaba por segundos que había conseguido ponerme a salvo mientras mascullaba mecánicamente un rezo, casi como si mascara un chicle. Otras veces, en aquellas conversaciones, Virgilio hablaba del planeta Marte. O de lo que él pensaba que era Marte. Lo describía como un lugar abandonado, lleno de bombas de bencina vacías (así lo decía: bombas de bencina, jamás gasolineras, como si quisiera plegarse al habla chilena, a los modismos de un país donde nunca estuvo) y negocios pequeños donde los marcianos sobrevivientes compraban botellas de vino naranja para emborracharse en las laderas rojas del desierto. Virgilio me contaba la vida de esos marcianos, de cómo todos estaban a la deriva en una comarca despoblada mientras entonaban canciones que

recordaban el esplendor de sus ciudades ahora polvorientas. Música marciana que les servía para venerar la muerte como el momento más sagrado de todos, como la última y única forma de revelación. Ellos se sentían indignos y sucios de haber quedado vivos. Eran unas cuantas docenas de miles en un planeta inmenso. Eran inmortales. Todos estaban condenados a la vida eterna, a no morir jamás, a dar vueltas por aquel mundo vacío. Además, todos, decía Virgilio, eran hermanos criados en los gigantescos tanques amnióticos ubicados en bóvedas de hielo que habían existido alguna vez bajo los polos. Ahora esos tanques y las bóvedas parecían más bien catedrales donde no habían asistido acólitos en mucho tiempo; lugares lúgubres, vientres de concreto donde deambulaban almas en pena, marcianos que se negaban a olvidar su pasado esplendor mientras sus voces se perdían en la inmensidad de aquellas salas. Pero la gran parte de los marcianos vivía el presente. Un presente muerto. Un presente que se extendía como una sábana hecha con el tiempo detenido desde el cual a veces se deshilachaban hebras negras. Porque los marcianos habitaban su propio planeta como si de una casa ajena o un museo se tratara, decididos a no tocar nada, resignados a vivir entre los recuerdos de un mundo anterior que no se arriesgaban a intervenir, convencidos en lo sacro de esa extinción que no llegaba nunca, contaba Virgilio. A veces, los marcianos se contemplaban a sí mismos en espejos curvos, esperando ver señales de deterioro o envejecimiento en sus cuerpos y rostros, pero no encontraban nada. Luego rompían aquellos espejos sobre las dunas y comían sus trozos, esperando alguna clase de mutilación interna (porque aquellos pedazos de vidrio debían haberles cortado las tráqueas o rasgado el esófago) que les revelara que era posible que alguna clase de deterioro se cerniera sobre ellos. Pero no sucedía nada, decía Virgilio. Algunos, los menos, creían que ellos eran en realidad los muertos y que los otros, las multitudes extinguidas, los vivos. Pero era apenas un segmento o la sombra de un segmento, una insinuación herética que no alcanzaba a ser verbalizada. Los marcianos, decía Virgilio, además veían películas: proyectaban sobre las inmensas colinas escenas donde remedaban su vida anterior, representaciones de lo que habían sido alguna vez, antes de extinguirse. Algunos lloraban con aquellas historias que, en el fondo, impostaban un universo que recordaban con una desesperación dentro de sus corazones marcianos, decía Virgilio. Yo no decía nada. Virgilio, en esas conversaciones, me aclaraba que él no quería escapar a Marte. Más bien se concentraba en la ficción de aquel planeta, esperando que la melancolía se volviera simétrica a la suya, donde las penas de los habitantes fueran un reflejo de la pena que lo embargaba a él. No sé si funcionaba. Nunca lo vi en persona. Hablamos siempre solo por teléfono. Nunca crucé el Atlántico. Nunca escuché la música marciana de la cual me hablaba. Nunca salí de aquí. Todos los viajes que realizaron mis hermanos suceden en un mundo imaginario. En el caso de Virgilio, ese mundo era un gigantesco departamento vacío repleto de esa luz a la cual estaba acostumbrado. Quizás, detrás de sus párpados estaba, a veces, Marte. En ese departamento –que era tan grande como un palacio– su único ejercicio físico era nadar en una piscina temperada, flotando en un vacío cálido que le recordaba tal vez a un mundo sin tiempo ni lenguaje. En esa casa, los objetos y el mobiliario correspondían a una época olvidada. Eran los retazos del mundo creado por nuestro padre: los cuadros y esculturas inacabados en su taller, los objetos de arte que coleccionó, los libros que

juntó, las fotos de su trayectoria a través de varios continentes, las polaroids con las caras de sus hijos muertos. En ese palacio, Virgilio debía inventar a diario imágenes en su cabeza para habitar aquellos recuerdos ajenos y buscar su lugar en ellos. Porque, al revés del resto, Virgilio nunca quiso romper con mi padre. Nunca quiso ser un hijo pródigo. Supo, más bien, que quedándose tras de él había alguna forma de trascendencia. Por supuesto, nunca me lo dijo así cuando hablábamos. Me decía, más bien, que había en la obra de nuestro padre una batalla que no se había resuelto jamás. Esa batalla la veía a diario, en ese departamento casi vacío donde él operaba como el centro neurálgico de la Organización. Dedicado a conservar un patrimonio que crecía día a día, a Virgilio le encantaba aquella posición anacrónica –sentado en un sillón, dando órdenes por teléfono, hablando con interlocutores que bien podrían haber sido espectros– mientras el mundo se acababa a diario y yo desaparecía y aparecía una y otra vez en diversos lugares. A veces, me contaba sus historias de la familia. A veces, me narraba cómo era hacer el amor a ciegas con aquellas chicas que contrataba ocasionalmente. Le interesaba eso. No era cínico. En su cabeza aquellas chicas tenían mil máscaras mientras él se abandonaba al deseo convirtiéndose tan solo en su propio espasmo, en un grito o un jadeo rebotando como eco en las paredes, en un sonido que no alcanza a articular un sentido que lo convierta en palabra. Virgilio me decía que tal vez era eso lo que había sentido mi padre al llegar a Europa: el desvanecimiento de su propia historia, de su propia lengua. Por eso, aquellos mundos de luz y tinieblas aparecían de modo recurrente en su obra como múltiples caminos sin sentido y en llamas, como la sensación de contemplar en las telas la biografía de un cuerpo que no tenía asidero alguno. Virgilio citaba todo eso de memoria. Hablaba de un arte que había visto hace demasiado tiempo –como destellos en sus ojos antes de que estos colapsaran– y que se le presentaba como una colección de sombras que debía inventarse una y otra vez, del mismo modo en que imaginaba la cara de las mujeres con las que se acostaba: máscaras superpuestas que encubrían un solo rostro desconocido, una identidad velada que venía a arrancarle el corazón con las manos. Mi hermano asumía ese veto, ese no saber. Había decidido quedarse en Bruselas porque le parecía que los fantasmas que nuestro padre había convocado eran quizás más peligrosos que el mundo exterior, que le parecía una mera ficción. Y lo había bien. Muy bien. La Organización era invisible pero inapelable: creciendo llena de tentáculos, convirtiéndose en una entidad viva que lograba asegurar su propia sobrevivencia. Virgilio lo había comprendido bien. En eso se parecía a mi padre: lo único que importaba del futuro era la posibilidad de estar ahí, de ser parte de él, de no caer en el olvido. La obra de mi padre trataba en cierto modo de eso: de lugares imposibles que había que recordar porque en ellos podía estar una fuerza primordial. Sobre qué cosa componía esa fuerza es difícil de dilucidar. Virgilio me lo decía a veces: tiene que ver con Chile, *huevoón*, tiene que ver con ese lugar que no conocemos. Tiene que ver con nosotros también, de cómo hemos ingresado a esos cuadros como sombras, nos hemos convertido en obras, decía. Porque somos bocetos, las primeras líneas de algo que está predicho pero que apenas comprenderemos, decía mi hermano. Ese es nuestro destino, nuestro legado. Buscarnos, aunque no lo queramos, en esas líneas y manchas. Recordarnos a nosotros mismos como los vestigios de un continente perdido. Ser la semilla trunca de un futuro que no será, me

decía y yo lo escuchaba una y otra vez. Lo escuchaba sugerir aquellas ideas con una voz que cada vez se ponía más vieja y grave mientras me relataba que había comenzado a fumar, o que pasaba por períodos largos sin deseo sexual, o que el ánimo de mi padre lo venía a visitar por las noches mientras intentaba imaginar cómo eran los rostros de todos nosotros, pero lo único que conseguía, tal era su suerte, era pensar en pieles agrietadas, en ojos que no eran ojos, en bocas que se abrían lentamente para decir una palabra que quedaba atrapada en los muros del paladar. Así era su vida. Así era nuestra vida. Una vida calmada como el ojo de esta tormenta que mantiene un falso aire inmóvil en esta ciudad geriátrica. Una vida feliz que asumía su propio abatimiento. Una clase de vida tranquila que se rompió en el momento justo en que Virgilio decidió salir de casa. Porque así termina todo. Así termina esto: en un punto indeterminado del siglo XXI, cuando mi último hermano vivo sale de su casa. No sé por qué lo hace. La noche anterior conversamos por teléfono. Yo lo llamo desde el desierto, estacionado cerca de Tacna, en la frontera entre Chile y Perú, en un pequeño pueblo sin nombre lleno de bares y casas de putas y locales donde sirven comida frita. Tengo un celular nuevo. Me lo ha vendido un sujeto que dice creer en Satán, que Satán lo va a ayudar a cruzar a Chile con el poderío diabólico de la teletransportación mental o algo así. Eso me dice el hombre y yo se lo cuento a Virgilio. Hablamos en español, como siempre. Hablamos en la lengua muerta de nuestro padre. Esta lengua. ¿Qué ves?, me pregunta Virgilio desde la oscuridad de Bruselas. Nada, le digo. Una larga reja, digo. Más allá, en Chile, el desierto está lleno de minas de tierra. Quienes lo han cruzado han terminado explotando. Este pueblo está hecho de neones baratos, edificado de modo frágil sobre una reja que separa Chile de Perú y marca la frontera y aquí se escucha una música insoportable porque nadie apaga las radios, le digo. La música está sonando siempre en este pueblo que no sé cómo se llama. Eso veo. Y en este lado peruano de la valla hay cruces colgadas o enterradas. Decenas. Cruces de madera pintadas de blanco que recuerdan a quienes han muerto intentando pasar la línea. Gente que ha sido ametrallada por los soldados chilenos o ha volado en pedazos por las minas, digo. Sus cuerpos no han vuelto jamás. Las cruces los recuerdan. También hay fotos con sus rostros. Desde donde estoy no se alcanzan a ver, digo. Fotos de gente común. Fotos que ondean como banderas con el viento de la pampa en la cercanía de la reja. Son las únicas huellas que remiten a su sangre. Eso veo, digo. Virgilio me cuenta que ha llovido en Bruselas y que un cuadro de papá se subastó en una cifra insoportable. Un cuadro de los 70, dice. Un cuadro de cuando papá pintaba en piloto automático, cuando ya su arte era una caricatura de lo que había sido, dice. A nadie parece importarle, salvo a mí, dice. Y a mí, digo. Luego, Virgilio me dice que a veces se ha preguntado por el viaje de papá, el primero. El viaje de huida, digo. Ese viaje, el original. Dice que ha pensando en él a menudo estos días. Dice que le interesa el aspecto más aburrido de esa migración: los días que nuestro padre pasó metido en un barco en el Atlántico, viendo las olas grises y soñando con su futuro. Sabemos lo que había abandonado. Sabemos que quería huir de Chile como quien huye de la peste. Que no había nada en ese país para él. Que se había dado cuenta de que en Latinoamérica no había futuro para nadie, ni siquiera para un vástago mimado. Que en Chile estaba obligado, por razones de clase, a repetir un destino escrito desde antes. Eso lo sabemos,

dice Virgilio. Eso lo entendemos bien porque esa clase de resentimiento es nuestra sangre. Pero esa es la parte fácil, dice. La parte difícil es pensar en los tiempos muertos de aquel viaje, en la mirada perdida sobre la cubierta en los ratos libres de un barco de pasajeros donde nadie dice nada importante. En el sonido de los motores en un lugar donde no hay nada a la vista. En las conversaciones vacías a la hora de las comidas. En el vaivén de un camarote que no deja dormir. En la náusea que no se pasa. En los vómitos y el mareo. En aquellas sensaciones que te devuelven a tu cuerpo a pesar de que quieres escapar. Virgilio dice: pienso en eso, en esa enfermedad obligada, esa enfermedad de viajero que se vuelve un espejo que obliga a retornar a un lugar que quieres obviar, que te recuerda la sequedad de tu lengua, lo limitado de tus pensamientos, las fragilidad de tus huesos, lo licuado de tu sangre. Papá nunca habló mucho de aquel viaje, *huevón*, pero sí dijo que pasó enfermo buena parte del trayecto, atacado por unas fiebres insoportables que desaparecieron apenas llegó a Europa. Eso es lo único que sé con certeza. A veces pienso en esas fiebres, dice Virgilio al otro lado de la línea, mientras yo salgo del auto con el teléfono en la mano y me acerco a metros de la valla y miro las cruces. El foco de un guardia chileno subido a una torre me apunta. Yo creo que papá nos soñó en ese viaje, dice Virgilio. Supo quién iba a ser, en qué se iba a convertir. Ahí, tal vez, imaginó su obra completa. La soñó como un vómito, como una arcada. Fue ahí cuando pensó en una obra múltiple, hecha de óleo, pigmentos y tela, pero también de carne. Tal vez las fiebres le provocaron visiones y lo hicieron viajar al futuro. No sé por qué, pero pienso en eso, *huevón*. Que nuestro padre nos vio desde ahí como visiones fugaces, etéreas. Vio un hombre secuestrado en un galpón; un montón de tatuajes; los dibujos de animales parlantes; un perro con una mano ortopédica en el hocico; la foto de un capo muerto; el asesinato de una mujer en la madrugada; los bosques en el interior de una isla. Vio lo que somos, lo que fuimos, lo que no podríamos ser nunca. Se dio cuenta de que el Atlántico era un mar muerto y que la única forma de quebrar su destino era bucear en las formas de representación de esa catástrofe: que su obra debía ser el registro de cómo vive la gente en un lugar condenado, en un planeta rojo. Tenía fiebre cuando se imaginaba todo eso, *huevón*. Una fiebre que pudo haberlo matado, unas alucinaciones que pudieron llevarlo a saltar por la borda, a desaparecer para siempre hundido en el mar helado. Nadie lo habría echado de menos. Sus hipotéticas mujeres, nuestras madres, habrían sido bastante felices al no haberlo conocido jamás. Pero no saltó. Se quedó ahí. Me imagino que a veces iba a cubierta y miraba el mar. Luego vomitaba y volvía al camarote, dice Virgilio. O seguía vomitando hasta quedarse con las tripas peladas, hasta convertirse en pura entraña, dice. De ahí surge todo. De sus fiebres. De un viaje sin rumbo conocido. Del sueño impreciso de una obra y una vida que aún no son nada, que se leen apenas como una promesa. De la necesidad de olvidar un país que queda más allá del mar muerto, dice y luego agrega que me debe cortar. *Huevón*, me tengo que ir, dice. Nos despedimos. Yo me quedo parado ahí viendo las cruces, iluminado por el foco del guardia chileno que no me dice nada y que solo me alumbra como si el desierto fuera un teatro, y ese pueblo, donde no se acaba la música, el decorado de una escena. Y yo me quedo quieto, abrazado por la luz, sin apagar o cerrar el teléfono, mirando la reja y su horizonte de muertos invisibles. No sé por qué estoy aquí, pienso.

No sé por qué estoy aquí, en esta frontera, por qué me vine del norte hacia el sur y quedé atrapado en esta tierra yerma, fijándome en las cruces blancas y estas fotos de fantasmas, pienso. Una semana después, instalado en Santiago, sabría que Virgilio llamó esa noche a un taxi y pidió que lo llevaran a Gare Centrale. Había reservado un boleto en primera clase en un tren rápido a París. No se llevó nada del departamento. La gente de la Organización me diría después que todo estaba intacto en su casa. Un abogado me enviaría el archivo de la grabación de una cámara de seguridad donde Virgilio aparecía apoyado con un bastón, con los lentes negros de mi padre puestos, esperando en un andén. Una imagen borrosa donde Virgilio luce casi idéntico a mi padre y que permite que yo también pueda reconocerme levemente en sus rasgos. Ahí, Virgilio está solo. La espera en Gare Centrale dura un par de minutos. Luego llega el tren y Virgilio sube con cuidado, ayudado por un guardia. Es lo último que sabemos de él. Es lo último que sé de alguien de mi familia, porque Virgilio jamás se baja en París y desaparece en el tren de alta velocidad. Eso es todo. Virgilio, mi hermano ciego, no llega nunca a ninguna parte. Se esfuma en el aire al modo de la sombra de un hombre que desaparece al rozar la oscuridad. No hay nada más que decir. Así se termina todo, con un ciego que no se baja jamás de un tren. Y yo dejo de hablar y recordar en este preciso instante. Porque Virgilio no llega nunca a París. Salta, quizás, desde una ventana de su carro. Muere o sobrevive. Pero no hay cadáver. No deja rastro alguno. Se une al resto de mis hermanos y a mi padre. Se van a vivir a otro planeta, el planeta de los vivos, tal vez. Yo me quedo acá, en Marte. Envejezco con el siglo y me instalo en este balneario sudaca lleno de ancianos que sueñan con los fantasmas de divas de teleseries del siglo pasado. A veces, esos fantasmas me hablan y yo los escucho. Y yo vengo a morir al fin del mundo, en medio de estas torres, terrazas y balcones que dan a la playa y que conocieron tiempos mucho mejores. Y luego viene el tornado y arrasa todo y destruye las torres, el balneario, y yo hablo y escribo de mis hermanos, de esa mayoría que no conoció jamás este país que ahora habito. Escribo sobre ellos en medio de la tormenta y luego comienzo a callar. Y después de eso, el ojo del huracán restablece la calma momentáneamente. Y yo decido que este es el final. Aquí se termina todo. Ahora. Antes anoto en mi cuaderno lo que va a pasar: hago una predicción de mis próximos diez minutos, donde caminaré hacia la puerta y saldré de mi departamento. Todo será parte de un teatro o de una película que nadie filmará porque ya no queda nadie más allá, en el resto del mundo. Bajaré por las escaleras mojadas del edificio, cruzaré la calle llena de escombros. Caminaré hacia la playa. El mar estará calmado y me sentaré en una silla de madera en la playa vacía. La silla, por alguna razón que no comprendo, no habrá volado por los aires. La madera (blanca, descascarada) de la silla estará mojada. Me sacaré los zapatos y depositaré los pies en la fría arena negra. Miraré más allá, sobre el horizonte de olas que fingirá algo parecido a la calma. No habrá nada en el mundo aparte de esta tregua momentánea. Desde algún lugar, desde el fondo del oído que puede ser también la superficie del corazón, oíré una melodía, una canción de amor o de cuna que no reconoceré porque estará cantada en una lengua que desconozco: música marciana. Y yo pensaré en cómo será desvanecerse en el aire. Y cerraré los ojos. Y ya no habrá canción, porque yo mismo seré la canción. Una brisa helada llegará a acariciarme la cara.